EL PAIS

EDITADO POR DIARIO EL PAÍS, SOCIEDAD ANÓNIMA

PRESIDENTE DE HONOR
José Ortega Spottorno

PRESIDENTE
Jesús de Polanco
CONSEJERO DELEGADO
Juan Luis Cebrián

DIRECTOR
Joaquín Estefanía Moreira
DIRECTORES ADJUNTOS
Jesús Ceberio y Xavier Vidal-Folch
Subdirectores: Miguel Ángel Bastenier, Lluís Bassets y Tomàs Delclós. Redactores jefes: Lorenzo Romero, Juan Cruz, Mariló Ruiz de Elvira (Internacional), Ángel S. Harguindey (Opinión), Carlos Yárnoz (Información General), Alex Grijelmo (Madrid), Rosa Mora (Cultura), Alex Martínez Roig (Deportes), Andreu Missé (Economía y Trabajo), Manuel Navarro (Negocios), José Miguel Larraya (Radio y Televisión), Joaquín Prieto (Investigación), Juan Francisco Janeiro (Cierre), Raúl Cancio (Fotografía) y Javier López (Diseño). Editor gráfico: Enrique Palacios. Jefes de sección: Luis Matías López (Internacional), Patxo Unzueta (Opinión), Miguel Ángel Villena (España), Joan M. Perdigó (Cataluña), Malén Aznárez (Sociedad), Ángeles García y Agustí Fancelli (Cultura), Luis Gómez y José María Sirvent (Deportes), Belén Cebrián y Walter Oppenheimer (Economía y Trabajo), Carlos Gómez (Negocios), Inmaculada Gómez Mardones (Radio y Televisión), Jordi Clapers (Infografía), José Ramón Ariño y Alfredo Abián (Cierre), Agustí Carbonell (Fotografía) y Maite Elola (Documentación). EDICIÓN DOMINICAL. Subdirector: Francisco G. Basterra. Redactores jefes: Ángel Santa Cruz y Alberto Anaut. Jefes de sección: Julián Martínez, Gumersindo Lafuente, Eugenio González (Diagramación) y Chema Conesa (Fotografía).

DIRECTOR GENERAL
Javier Díez Polanco
SECRETARIO GENERAL
José María Aranaz
DIRECTOR DE RELACIONES EXTERNAS
Daniel Gavela

DIRECTOR GERENTE
José Mariano Martín
Departamentos: Ricardo Casillas y Jaime Canals (Publicidad), Fernando Casas (Relaciones Laborales), José Ángel García (Financiero), Lorenzo Cristóbal y José Antolí (Circulación), Juan Carlos de Mercado (Planificación), Ángel Gómez Ansótegui (Compras) y José Fernández Mostaza (Técnico).

Un trabajo bien hecho

TODO EMPEÑO humano es capaz de ser mejorado y, desde luego, puede ser discutido. La Exposición Universal de Sevilla, que se inauguró ayer con la presencia de toda la familia real, no tiene por qué escapar a las críticas que el sentido común y la lógica dicten, pero no parece que la actitud más sensata sea su rechazo total.

Aun a riesgo de caer en la vulgaridad de las globalizaciones, parece que uno de los rasgos distintivos de la mentalidad del ciudadano español es el de mostrar una especial incapacidad para asumir y festejar lo propio, como si ello mostrara una falta de capacidad crítica. Sin llegar a la evidente y excesiva autosatisfacción que caracteriza a otros países (que incluso han creado términos que definen tal talante, el chovinismo, por ejemplo), celebrar lo que se ha conseguido con esfuerzo, colectivamente, lejos de ser malsano puede significar simplemente el reconocimiento de un trabajo bien hecho.

Sin duda, la ausencia de referencias ideológicas precisas lleva a una cierta desorientación práctica. Convertir el 92 en el paradigma del mal es, probablemente, vivir con cerca de 500 años de retraso o, cuando menos, no en las postrimerías del siglo XX. Lo que se celebra en Sevilla, coincidiendo con el V Centenario del Descubrimiento de América, no es sino un intento serio y costoso de mostrar una parte del quehacer humano a cuantos la visiten físicamente o a través de los medios de comunicación. Espectáculos y tecnología buscan conseguir el difícil equilibrio que caracteriza, en definitiva, la larga lucha de los hombres y mujeres por su supervivencia, una lucha, naturalmente, en la que hubo y hay aciertos y errores. Pero convertir la isla de La Cartuja en la representación iconográfica del maligno no sólo es desmedido: es demagógico. Es signo de estulticia.

Dicho todo lo cual y una vez aplaudido el perfecto desarrollo del acto de inauguración, no parece de recibo que la policía apele a sus armas de fuego —como ocurrió el pasado domingo— para disolver a escasos dos centenares de personas que se manifestaban contra los actos del V Centenario. Es cierto que los manifestantes dejaron cumplida factura de su agresividad en los heridos de la policía y en los destrozos callejeros, pero reprimir una manifestación sin los medios adecuados para que el objetivo no desborde la causa es una torpeza sólo explicable desde el nerviosismo, es decir, desde la falta de profesionalidad. Los responsables de la Expo han señalado reiteradamente su convicción de que la seguridad será todo lo que material y humanamente es posible, de lo que se alegrarán, sin duda, los millones de visitantes que se prevén. Pero es necesario aplicar un criterio más proporcional para que el mantenimiento del orden público sea coherente con las maravillas que la propia Expo muestra de una modernidad que, entre otras cosas, debe garantizar el derecho a discrepar.

Más muertos

UNA DE las contradicciones más irritantes que surgen con constancia en la vida cotidiana es aquella en la que el automovilista, encerrado en su vehículo e inmerso en un atasco de 10 kilómetros de longitud, cuando menos, pone la radio y escucha la información facilitada por la Dirección General de Tráfico (DGT) sobre la Operación Retorno. Con más frecuencia de la que dicta la sensatez, escucha que los atascos se producen en numerosas carreteras, salvo en la suya, que, inexplicablemente, no encuentra eco informativo. Da lo mismo que esté en la carretera de Burgos o en las proximidades de Aranjuez, la DGT informa, sobre todo, de las otras. No es que estén ocultando información, más bien parece que simplemente no la tienen a tiempo.

La Semana Santa de 1992 ha supuesto un aumento del número de muertos en los accidentes de tráfico con respecto a los del año anterior. Es decir, algo falla. La Ley de Seguridad Vial está en vigor. Se han incoado casi 200.000 expedientes con probable retirada de carnés de conducir por imprudencias o faltas graves. El número de kilómetros de autovías aumenta y, sin embargo, los accidentes mortales son cada año más numerosos. Tráfico achaca el hecho al aumento de vehículos en circulación que provoca el buen tiempo. Las estadísticas —tan frías, tan incompletas— no explican dónde se producen. Por ejemplo, en la Comunidad de Madrid, la mitad de los accidentes mortales se han producido en carreteras comarcales, de segundo orden. Es decir, la batalla de la seguridad no se gana sólo con nuevas autovías, hay que remozar también la red secundaria.

Una red viaria claramente insuficiente, un parque automovilístico que aumenta anualmente y una información sobre el tráfico totalmente desconcertante pueden volver a añadir luz sobre uno de los problemas más desalentadoramente constantes a los que se ven sometidos los ciudadanos de este país.

Agresión serbia

LOS COMBATES que se desarrollan en Bosnia-Herzegovina —agravados en los últimos días— no son choques interétnicos más o menos espontáneos entre las diversas nacionalidades de esa república. La realidad es mucho más grave: el llamado Ejército *federal,* que de hecho obedece órdenes del Gobierno serbio, lejos de contribuir a mantener la paz mediante una solución negociada de los problemas entre las diversas etnias, interviene directamente para apoyar a los grupos armados que pretenden crear una república serbia desgajada de la de Bosnia-Herzegovina. Sarajevo, la capital, ha sido bombardeada por la artillería federal, lo mismo que otras ciudades. El jefe de los ultranacionalistas serbios, Karadzic, afirma que no habrá paz si no se divide Sarajevo, contra la voluntad de sus habitantes, que afirman su deseo de proseguir los "cinco siglos de historia pluriétnica y pluriconfesional" de esa ciudad. En el fondo, está en juego la existencia misma de la república de Bosnia-Herzegovina.

La Comunidad Europea reconoció la independencia de Bosnia-Herzegovina el pasado 6 de abril, después de un referéndum en el que la voluntad mayoritaria de la población se manifestó de manera muy clara. Estados Unidos ha hecho lo mismo. Después de unos días de choques armados provocados por los nacionalistas serbios, el 12 de abril se firmó un alto el fuego entre los representantes de las tres nacionalidades de la república: musulmanes, croatas y serbios. Sin embargo, el Ejército federal viola ese compromiso y aplica una táctica semejante a la que utilizó en Croacia: apoyar a grupos armados serbios para que ocupen el máximo de territorio. Pero detrás de estas agresiones militares hay un responsable político: el Gobierno serbio. Y hace falta que en Belgrado se den cuenta de que están jugando con fuego.

Estados Unidos y los 50 países miembros de la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE) han advertido a Serbia que si no pone fin a su política agresiva se adoptarán medidas para imponer el respeto de la ley internacional. El presidente serbio, Slobodan Milosevic, que sólo puede contar con el apoyo de Montenegro para mantener en los foros internacionales la ficción de una Yugoslavia, bien que reducida al mínimo, debería comprender la inutilidad de la política agresiva y militarista que realiza en Bosnia-Herzegovina. Ya no le sirve hablar de la existencia de grupos serbios incontrolados. Ese argumento se utilizó para impedir la llegada a Croacia de los *cascos azules* de la ONU. Pero luego los incontrolados se dejaron controlar cuando llegó la hora de la verdad. Ahora Serbia debe hacer lo mismo en el caso de Bosnia-Herzegovina y poner fin a una política que la condena al aislamiento internacional.

Los problemas creados por la desaparición de Yugoslavia no se resolverán por las armas. Sólo con una presencia internacional y mediante la negociación será posible establecer unas garantías para las minorías nacionales y dar estabilidad a la región.

REVISTA DE PRENSA

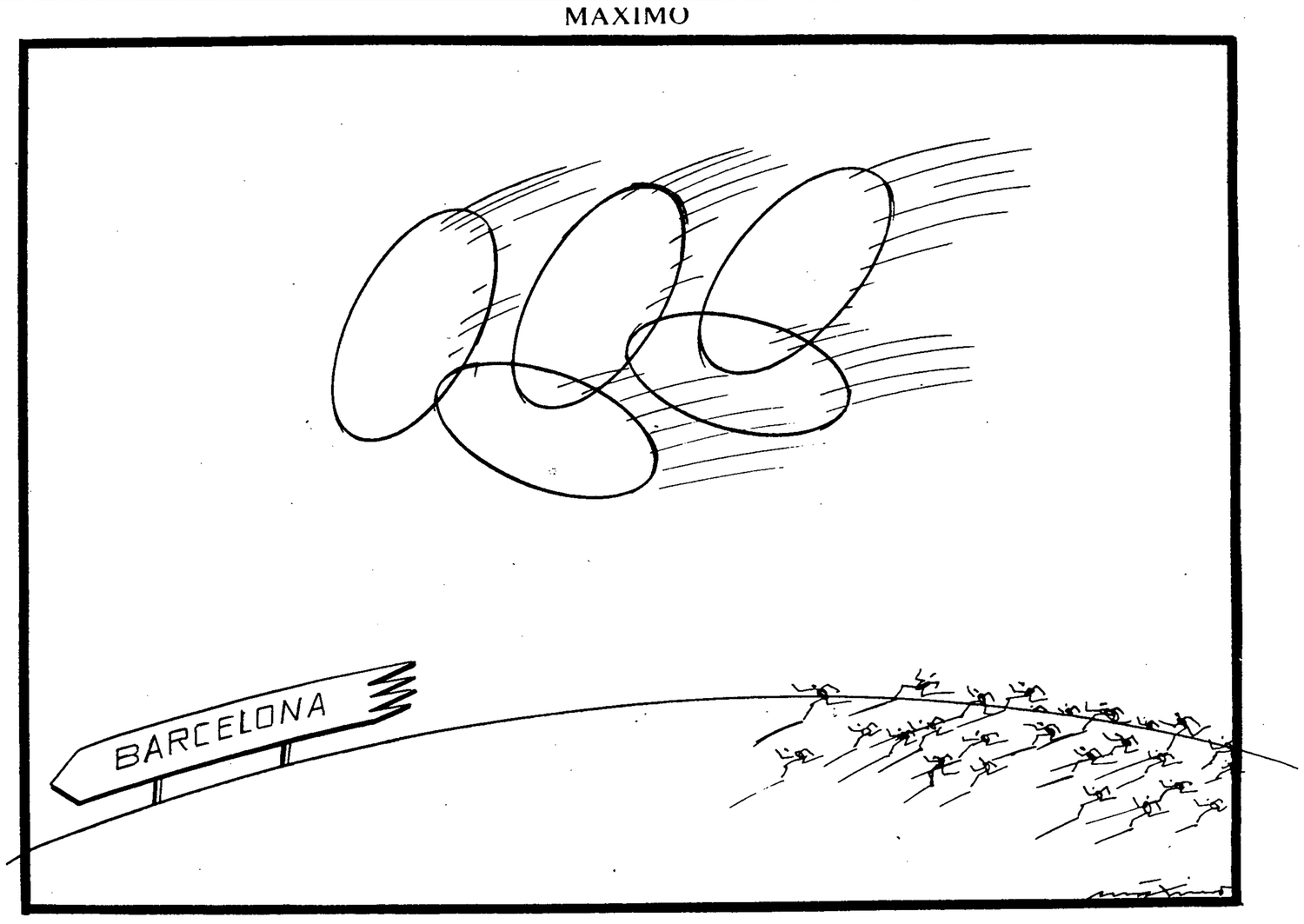
LE MONDE

Europa y la reactivación

Al anunciar, el jueves 16 de abril en el Senado, que acababa de escribir a Jacques Delors, presidente de la Comisión Europea, y a Cavaco Silva, el primer ministro portugués, que ocupa actualmente la presidencia de la Comunidad, para pedirle la reactivación de la coordinación de las políticas económicas de los Doce, Pierre Bérégovoy pone de manifiesto sus preocupaciones.

El primer ministro francés constata con impaciencia que el crecimiento no vuelve a producirse. Si Europa sólo menciona la estabilidad de precios y de tipos de cambio, si no es portadora de la esperanza de una salida rápida del estancamiento y de una mejora del empleo, entonces esta Europa será rechazada por su contenido. Ahora bien, los expertos se muestran de acuerdo al afirmar que la recuperación será lenta y no se acelerará hasta 1993. Mientras tanto, el tratado de Maastricht habrá sido sometido al voto de los parlamentos nacionales y objeto de referendos como en el caso de Dinamarca e Irlanda. (...)

¿Qué decir de los esfuerzos desplegados por un país como España, que, después de haber conocido tasas de crecimiento elevadas en 1989 y 1990, se afana ahora en reducir sus desequilibrios y luchar contra la inflación a fin de conquistar un lugar en la unión monetaria europea? Ante esta evidencia, la elección que ha hecho España de una determinada *convergencia* frenará durante un tiempo su crecimiento económico. (...)

París, 20 de abril

MAXIMO